

El orden y el creorden como expresión de “El capital como poder” en la perspectiva de Bichler y Nitzan

Order and creorder as an expression of “Capital as power” in Bichler's and Nitzan's perspective

Elfer G. Miranda Valdivia

Universidad Nacional de
Cajamarca, Perú
emiranda@unc.edu.pe
ORCID: 0000-0001-5362-
6283

Froylán E. Miranda L.

Universidad Nacional de
Cajamarca, Perú
fmiranda20_1@unc.edu.pe
ORCID: 0009-0009-6426-
7146

Recibido: 1 de junio de 2025

Aceptado: 27 de junio de 2025

Sección: Notas de investigación

Cómo citar: Miranda V., E.G. y
Miranda L., F.E. (2025). El orden y
el creorden como expresión de “El
capital como poder” en la
perspectiva de Bichler y Nitzan.
Alternativas en Ciencias Sociales,
1(2), 91-108.

DOI:

<https://doi.org/10.70467/acs.v1n2.5>

Abstract. The authors explore Bichler and Nitzan's *Capital as Power* theory, which redefines capital as capitalism's central institution by quantifying power through differential capitalization and accumulation. Based on their framework, they: a) critique Neoclassical and Marxist approaches by introducing concepts like social hologram, resonance, and dissonance to explain capitalism's totalizing logic; b) describe “creorder” as elite-driven social reconfiguration and strategic sabotage as industrial limitation mechanisms; and c) analyze the state's role in capitalist *nomos* and new accumulation “wrappings” during crises. As critical-bibliographic notes, while recognizing this contribution's value, they highlight gaps in the original proposal and emphasize the need for more detailed monetary and historical analysis to enrich these theoretical approaches.

Keywords: capitalism; power; accumulation; global politics; hegemony.

Resumen. Los autores exploran la teoría de *El capital como poder* de los economistas Bichler y Nitzan, que redefine el capital como institución central del capitalismo al cuantificar el poder mediante la capitalización y acumulación diferenciales. Con base en sus postulados: a) critican las visiones neoclásica y marxista, vía la introducción de conceptos como el holograma social, la resonancia y la disonancia, para explicar la lógica totalizante del poder capitalista; b) describen el “creorden” como proceso de reconfiguración social impulsado por las élites y el sabotaje estratégico como mecanismo de limitación de la industria; y c) analizan el rol del Estado en el *nomos* capitalista y las nuevas “envolturas” de acumulación en situaciones de crisis. Como notas crítico-bibliográficas, además del valor de esta contribución, destacan lagunas en la propuesta original e insisten en integrar un análisis monetario e histórico más pormenorizado para enriquecer sus aproximaciones.

Palabras clave: capitalismo; poder; acumulación; política global; hegemonía.

1. Introducción

Shimshon Bichler y Jonathan Nitzan, economistas especializados en economía política, publicaron en 2009 la obra *Capital as Power: A Study of Order and Creorder* (Taylor & Francis Group). En 2018 apareció su versión en castellano, *El capital como poder. Un estudio del orden y del creorden*, traducida por el Dr. Jesús Suaste Cherizola. Ambos enseñan economía política en universidades de Israel y de Toronto, y su enfoque se inscribe en la tradición de la economía institucional.

A pesar de que han transcurrido varios años desde su publicación, el libro ha pasado casi desapercibido en América Latina y, en particular, en el Perú. Por ello, resulta necesario un examen relevante de tal obra que establezca las bases para un ensayo de revisión crítico-bibliográfica, enfocado en algunos de sus aspectos fundamentales, notables por su perspectiva audaz e innovadora; sin pretender ser una valoración exhaustiva ni una ratificación justificatoria. Lo novedoso de sus planteamientos radica en distanciarse tanto de la teoría liberal como de la teoría marxista del capital, al enfatizar desde el poder el papel del capital como institución central de lo que entendemos por capitalismo.

2. El liberalismo y el marxismo en la lógica del capital

Jonathan Nitzan y Shimshon Bichler proponen una teoría radicalmente distinta a las teorías neoclásica y marxista del capital, buscando desafiar a las tradiciones económicas dominantes y contestatarias convencionales y

abrevando de los aportes de autores como Thorstein Veblen, Lewis Mumford y Michał Kalecki. Su enfoque, denominado *capital como poder*, se sustenta en la superación de la distinción neoclásica entre economía y política, vinculando al capital con la capacidad de control que poseen diversos grupos de poder y la dominación social que ejercen sobre el resto de la sociedad. Para los autores, ni el capital ni mucho menos el capitalismo debe ser concebido en base a entidades “económicas”, sino como acumulaciones cuantitativas del poder que ejercen los grupos dominantes.

Por ello es comprensible que, con cierta autosuficiencia, los autores hayan glosado en su primer epígrafe (hay al menos uno como preludeo a cada capítulo) a uno de sus mayores referentes, el filósofo y sociólogo Cornelius Castoriadis: “Ha caído la noche sólo para quienes se han dejado caer en ella. Para quienes están vivos, (dice Heráclito), *helios neos ep’hemerei estin*: El sol es nuevo cada día”. En otras palabras, les ha caído la noche a los economistas y científicos sociales que se refugian en las tradiciones neoclásica y marxista como si éstas fueran sistemas filosóficos cerrados. En cambio, para aquellos que están vivos, aquellos que se atreven a hacer preguntas y cuestionar meticulosamente cada detalle de los enfoques dominantes, siempre habrá nuevos proyectos que permitan esgrimir las armas de la crítica, esa que nos ayuda a entender y transformar la realidad. Ergo, para Bichler y Nitzan el sol es nuevo cada día, pues se tomaron el atrevimiento de emprender en una nueva teoría: la teoría del capital como poder.

Para explicarlo, señalan rotundamente que “El capital no está relacionado con el poder. Él es, en sí mismo, un modo de poder” (Bichler y Nitzan, 2018, p. 3). Aquí podemos precisar que el capital es poder cuantificado, un *modo de poder* expresado en la capitalización diferencial, un concepto que veremos más adelante, pero que nos señala que el valor de una empresa capitalista se basa en su capacidad de ordenar la sociedad y superar el promedio de acumulación de la competencia. El propósito de este libro es explicar al capital como poder, y al poder como forma de organización y reorganización social y económica, tomando estos desarrollos como el inicio de un largo proyecto de investigación que delimite y fundamente una nueva teoría que comprenda al capital como una representación simbólica del poder organizado.

Bichler y Nitzan sitúan el capitalismo en un marco histórico amplio, argumentando que este no sólo logró transformar las relaciones económicas que han dado forma a nuestro tiempo, sino que pudo reconfigurar las estructuras de poder, convirtiendo el proceso de acumulación de capital en el eje central de la dominación social. Para nuestros autores, comprender el proyecto moderno es comprender la genealogía de lo que ha venido a ser el

capitalismo, con sus procesos acumulativos y su desarrollo histórico. Los orígenes del capitalismo coinciden con los de la modernidad y el proyecto moderno se ha desarrollado de la mano del modo de poder capitalista. Bajo esa premisa, el capitalismo, la modernidad y el poder son fuerzas interconectadas que funcionan como engranajes en la maquinaria de la sociedad contemporánea; una maquinaria que ha requerido lecturas que expliquen y justifiquen ideológicamente su expansión y desarrollo. Un entendimiento que tenemos de la modernidad es el de los *grandes relatos*, esos que nos ofrecen una mirada de la realidad de las cosas desde una totalidad, y quizá los más afamados relatos durante el siglo XX fueron el marxismo, que nos ofrecía superar la enajenación en una sociedad nueva, y la economía neoclásica, la que ofrecía estabilidad y crecimiento constante a partes igual.

Para Bichler y Nitzan, tanto el liberalismo neoclásico como el marxismo se distancian de la economía política tradicional. En efecto, el primero, a través de la llamada ciencia económica, y el segundo al abordar cuestiones concretas como el trabajo, al apartarse de las explicaciones políticas sobre el poder, inevitablemente entran en discusiones circulares sustentadas en conceptos que, según su entendimiento, son imposibles de observar y, por tanto, ficticias. Estas unidades vendrían a ser la “utilidad marginal” de la economía neoclásica y el “trabajo abstracto” de la crítica de la economía política marxiana. En el caso del liberalismo, Bichler y Nitzan sostienen que la economía neoclásica es una mirada ideológica al ver en el capital un factor de producción (asociado a los bienes de capital) enfocado en la productividad y que encuentra en los intereses y la ganancia su retorno. Si la teoría neoclásica asume que el capital es necesariamente productivo, no podría medir su cantidad al margen de su retorno, es decir, fuera de las ganancias que éste perciba. El valor del capital entonces dependería de la tasa de interés, y ésta, a su vez, dependería del valor del capital, ignorando que la riqueza financiera (entendida como bonos, acciones y derivados) no posee una base material clara, sino especulativa en base a las expectativas de poder y control. Pero, no sólo eso: la perspectiva neoclásica omite la participación del estado y su maquinaria coercitiva en la determinación de ganancias y precios.

Por otro lado, el marxismo define al capital como una relación social de explotación, mediada por mercancías y basada en la extracción de plusvalor, algo que se puede ilustrar con la célebre metáfora vampírica de Marx: el capital es como un vampiro, extrae “trabajo vivo” del trabajador para convertirlo en “trabajo muerto” (capital), logrando su reproducción de esta manera. La objeción de Bichler y Nitzan es que no hay forma objetiva de reducir el trabajo complejo a trabajo abstracto; por lo que es necesario recordarle al lector la dicotomía de las categorías trabajo abstracto y trabajo

concreto en la obra marxiana. El trabajo concreto vendría a ser la actividad laboral específica capaz de crear un valor de uso particular, es decir, una utilidad concreta. En cambio, el trabajo abstracto sería el gasto de fuerza de trabajo humana, independientemente despojado de toda cualidad o uso particular; por lo que es generador de cambio. Estos dos tipos de trabajo no son opuestos, sino más bien complementarios; forman parte de una relación bifacética.

Para Bichler y Nitzan, la problemática del sistema marxiano se debe a la imposibilidad de cuantificar el trabajo abstracto y de transformar el trabajo real en trabajo socialmente necesario. Además, la teoría del valor en la perspectiva marxista no es una teoría de precios y no pretende serlo, pero es esta incapacidad de explicar los precios reales en el mercado lo que dificulta el entendimiento de la dinámica financiera; tan crucial en un capitalismo contemporáneo en el que los principales actores son las corporaciones multinacionales y los mercados bursátiles.

3. La lógica totalizante del capital y el proceso de capitalización

La perspectiva de Bichler y Nitzan coincide con la de Marx en cuanto entiende el capital como una fuerza totalizante que permea todas las esferas de la vida social. Lo que diferencia la teoría del capital como poder de la crítica de la economía política de Marx en este aspecto es que, para ambos autores, esta lógica totalizante –que abarca instituciones políticas, culturales y militares– no se centra sólo en la producción material, aquella base o estructura que condiciona las demás esferas de la vida social, sino que el poder en sí es la materialización de un proceso de organización. En este proceso, los grupos de poder organizan la sociedad bajo los términos de la *capitalización*; un proceso que les permite cuantificar y mercantilizar el poder financieramente. La *capitalización* de las ganancias esperadas es una manifestación del poder de los grupos hegemónicos que recurren constantemente a un *sabotaje* estratégico de la creatividad social para poder maximizar sus ganancias y distribuir el poder obtenido de manera efectiva.

Esta *lógica totalizante* del capital opera mediante lo que nuestros autores definen como un *holograma social*; es decir, como una imagen tridimensional en la que cada fragmento contiene su totalidad. Aquí debemos poner una objeción, pues, aunque sugerente, la metáfora del holograma es enredada y poco ilustrativa y bien podría replantearse sin perder su potencia analítica, por lo que la explicaremos de manera sencilla. Bichler y Nitzan nos señalan que cada institución, relación o práctica social refleja y reproduce la totalidad de la lógica del capital; desde las políticas estatales hasta las corporaciones, todas expresan la totalidad en cada parte. Como señalan Bichler y Nitzan: “El capital no es una cosa, ni siquiera un proceso económico, sino un modo de

poder que, como un holograma, reproduce su lógica en cada rincón de la sociedad” (p. 223).

Por otro lado, al igual que el holograma, el capitalismo no tiene un “exterior” o un límite, una propiedad externa que lo condicione. Toda resistencia o alternativa al capitalismo funciona como los bordes indefinidos de un holograma, incapaz de resistir el ser mediada por la lógica totalizante que subordina todas las esferas sociales en un *orden fractal*. En efecto, en éste las jerarquías, la competencia y la mercantilización, así como todas las otras relaciones de dominación, se repiten a diferentes escalas, tanto en el ámbito privado de las empresas privadas como en el sistema interestatal.

El holograma social no es estático, sino que depende de dos conceptos clave: la resonancia y la disonancia. La *resonancia* hace referencia a las prácticas e instituciones que permiten el reforzamiento del poder del capital, como la financiarización de activos estratégicos o la implementación de políticas de austeridad fiscal. Por otro lado, la *disonancia* se expresa en las contradicciones inherentes al sistema capitalista y a las resistencias que surgen ante éste; tales como las manifestaciones y huelgas o fenómenos de amenaza existencial como la crisis ecológica (también surgida con el proyecto moderno). Estos dos conceptos, en tanto caras del holograma social, que permiten su tridimensionalidad, reflejan un conflicto en el holograma: las resistencias e insurgencias son mercantilizadas, los movimientos sociales se convierten en marcas y la posibilidad de pensar en otra forma de organización social no hace más que replicar modelos anacrónicos previos al capitalismo; por otro lado, las crisis cíclicas se convierten en oportunidades en las que los grupos hegemónicos encuentran forma de reordenar el poder; ya sea en la forma de moderadas reformas que, tras concesiones, permitirán la reproducción del poder bajo el régimen de reordenamiento impuesto por la lógica totalizante, o mediante decisiones como los rescates bancarios.

El poder capitalista se cuantifica en precios y el proceso de *capitalización*, crucial en esta *lógica totalizante*, se convierte en el motor del capitalismo. Éste es un motor que funciona mediante un algoritmo que reestructura constantemente el orden social, al actuar sobre el sistema de precios y en otras esferas del mismo. Por ello no podemos hacer una bifurcación entre eficiencia económica y poder político, porque la acumulación de capital es acumulación de poder. Para Bichler y Nitzan, los dueños del capital no sólo buscan la maximización de sus beneficios (expresada como rentabilidad), sino también aumentar su capacidad de control y reordenamiento de todas las esferas sociales bajo la lógica totalizante. Para entender este proceso, Bichler y Nitzan proponen un concepto que permita explicar cómo las élites dominantes capitalizan en una relación diferenciada con respecto al resto de actores de la sociedad: la *acumulación diferencial*. Para los capitalistas, el

capital es tanto el patrimonio como la deuda de su corporación, y el valor de ésta define la capitalización.

4. La acumulación del capital como imposición del creorden capitalista

La *acumulación* no es, en el eje argumental de Bichler y Nitzan, una expansión cuantitativa de activos materiales y rentabilidad, sino un proceso dinámico de expansión del poder privado. Esto quiere decir que no se trata del crecimiento abstracto: la llamada *acumulación absoluta* en la que lo importante es el incremento del patrimonio neto. Aquella sería una visión heredada de la economía clásica, que entiende la acumulación como el incremento de la producción y el patrimonio de forma absoluta, independientemente de las especificidades de este proceso. La *acumulación diferencial* (DA) es la capacidad del capital dominante (los grupos de poder hegemónico) para acumular riqueza y poder más rápido que el promedio en el sistema, lo que permite asegurar su posición como élite hegemónica. Es la tasa de cambio de la *capitalización diferencial* (DK), que se obtiene mediante el incremento de capitalización del capital dominante por sobre el promedio mediante *ganancias diferenciales*, *hype diferencial* (expectativas de crecimiento) o la reducción de *riesgo diferencial*. Se trata de una categoría distinta, cuando entendemos que los grupos de capital dominante son capaces de aprovechar sus ventajas comparativas, como la obtención de nuevos mercados, controles de precios y políticas estatales, para ganar más que otros actores. Por ejemplo, si suponemos que el crecimiento del PIB global es de un 3% anual, mientras que la Exxon Mobil Corporation logra aumentar sus ganancias anuales en un 10%, lo que en realidad se está captando es que Exxon estaría acumulando diferencialmente.

El concepto de *acumulación diferencial* de Bichler y Nitzan bebe mucho de la potencia encontrada en el manantial conceptual del sociólogo y economista estadounidense Thornstein Veblen; influenciándose específicamente en su formulación de la *ventaja diferencial*. Por ello, y sin querer profundizar tanto en ello, es importante realizar algunas aproximaciones a la influencia de Veblen en el proyecto del *capital como poder*. Veblen es uno de los primeros intelectuales en cuestionar la idea de que el capital sea necesariamente productivo, argumento adoptado por Bichler y Nitzan; quienes sostienen que la acumulación de capital no constituye una manifestación de la capacidad productiva como fuerza de desarrollo transhistórica, sino una configuración de poder ejercida mediante un orden social. Nuestros autores, al igual que Veblen, identifican una disociación entre “industria” y “negocio”: a la industria le corresponde la esfera de la producción material, de la cooperación e integración en un sistema de planificación que tiende hacia la colaboración; en contraposición, el negocio constituye el dominio de la distribución pecuniaria, regido por la

competencia y la ganancia diferencial. Acentuando la diferencia, señalan que “La industria es un esfuerzo colectivo. Su éxito depende de la creatividad social, la cooperación, la integración y la sincronización. Bajo el capitalismo, sin embargo, la industria no sirve a estas metas, sino a los propósitos del negocio” (p. 17).

Si bien con esta afirmación los autores sostienen que industria y negocio son inherentemente distintos, en el capitalismo, como es lógico, hay una metamorfosis de este sistema que configura nuevos escenarios con nuevo rostro; pero la lógica de esta nueva industria deviene en la lógica del negocio. No fueron, no son y no pueden ser radicalmente incompatibles aun siendo diferentes. La industria capitalista está subordinada a los fines del negocio; la lógica primaria del capitalismo iría de la distribución a la producción, por lo que el estudio del funcionamiento del sistema debe empezar desde el estudio de los negocios y la financiación. Los autores, retomando los planteamientos de Veblen, enfatizan que “[...] la industria y el negocio son inherentemente distintos. Los modernos capitalistas se han retirado de la producción: son propietarios ausentes. Su propiedad, dice Veblen, no contribuye a la industria; simplemente lo controla con el fin de obtener una ganancia” (p. 17).

La cita previa nos lleva a plantearnos: si los capitalistas son propietarios ausentes, ¿de dónde se derivan sus beneficios y su poder? Es aquí donde nos encontramos con otro concepto heredado de Veblen, el *sabotaje*. Éste es el proceso que permite que los capitalistas se apropien de las ventajas de la industria y puedan subordinar su lógica altruista al negocio. La industria pertenece a la esfera de la producción material, mientras que el negocio se encuentra en el dominio de la distribución pecuniaria. Para Bichler y Nitzan, el *sabotaje* es el poder estratégico de incapacitar a la industria, basado en la limitación estratégica de la producción, que dirige la actividad industrial de forma ineficiente o incluso perjudicial para el bienestar común, pero de un modo que resulta favorable en términos de la rentabilidad y productividad. Sin embargo, el *sabotaje estratégico* no sólo se basa en la limitación de la producción sino en el control total del proceso de imposición de precios y restricción de la creatividad social, como en la obsolescencia de un programa y las patentes. Éste es otro punto en el que el *sabotaje* de Veblen difiere del de Bichler y Nitzan, pues el primero se refiere estrictamente al control de los precios, mientras que los segundos se refieren al control del proceso productivo en su totalidad. El negocio necesariamente implica la disminución del potencial industrial, ya que las ganancias serían imposibles en una producción libre basada en las necesidades y la tecnología. Esto lleva a la conclusión crucial de que la capitalización “no representa más que la incapacitación”, debido a que los beneficios del negocio dependen del sabotaje estratégico.

5. El creorden capitalista como modo de poder

A lo largo de la lectura, nuestros autores han señalado la importancia del poder y de los grupos que lo ejercen, especialmente aquellos vinculados al capital financiero, para el funcionamiento del sistema actual. Es por esto que, de manera general, debemos cuestionarnos si el capital –y siendo más específicos, el capital financiero– constituye un poder en sí mismo. En la lógica de Bichler y Nitzan, el capital no sólo es un poder, sino que está estructurado como el *modo de poder* (concepto paralelo al de modo de producción típico en el marxismo) capitalista imperante y que dista radicalmente del capitalismo en sus orígenes.

Esta naturaleza del capital, aún en el desarrollo del capitalismo primigenio, totalmente diferente al que se da en la actualidad, les permite a los autores discrepar y refutar las teorías y explicaciones de los liberales que consideran al capital como sinónimo de “utilidad marginal” y a los marxistas como expresión del “trabajo abstracto”, como sostenía Marx. Al entender que el capital no constituye una entidad económica, sino una “cuantificación simbólica del poder” (que tiene poco que ver con la utilidad o el trabajo abstracto), nos damos cuenta que el entendimiento del capital dominante va más allá de la industrialización del sistema, de las maquinarias o de las líneas de producción. Es por esto que uno de los principales argumentos que elaboran es que el capital “representa el poder organizado de los grupos de poder dominante para reconfigurar o –*creordenar*– su sociedad” (p. iii).

Aquí hay que destacar dos reflexiones sociológicas acerca de la naturaleza del capital y su significación en la sociedad: **i) La *capitalización* se da como representación organizada de los grupos de poder.** Lo primero que hay que destacar es que, en la lógica de los autores, el capital nunca estuvo disociado de la política y el poder, y así asumen que no eran meramente unidades económicas autónomas en las que convergen por sus postulados teorías liberales y marxistas. El capital es de forma específica la cuantificación simbólica del poder organizado de los grupos de poder dominante o *capital dominante* en una sociedad; éstos no sólo usan el capital para representar y cautelar sus intereses, sino para organizar la sociedad de acuerdo a su agencia; y, **ii) esta *capitalización* ayuda a reconfigurar o *creordenar* la sociedad.** Este proceso de reconstituir o *creordenar* (concepto empleado por Bichler y Nitzan para referirse a la fusión entre “orden” y “creación”) implica trascender las consideraciones estrictamente económicas, y se constituye como un proceso de dimensiones sociales, culturales y políticas imbricadas en la racionalidad económica de los grupos de poder dominantes.

Estas reflexiones nos llevan a plantearnos cómo, de acuerdo a la lectura

de *El capital como poder*, se estructura ese poder en la sociedad. Aquí es necesario aclarar que para Bichler y Nitzan (2018):

Toda sociedad histórica es un creorden. En cada instante es a la vez parmenídea y heracliteana: un estado en proceso, un constructo que se reconstruye, una forma transformada. Tener historia es crear orden: un verbo y un sustantivo cuya fusión produce el verbo-sustantivo creorden. (p. 341)

Podemos decir que esta lógica de Bichler y Nitzan corresponde a lo que señalan como el *orden* y el *creorden* de la sociedad. Para que haya orden y estabilidad, tiene que haber un sustento económico y político que garantice dicha estabilidad y, como hemos señalado, ese sustento es configurado por las élites económicas que ejercen su poder y aprovechan las disonancias para *creordenar* su hegemonía; esto bien podría ser parte de esa *sociedad líquida* que nos señala Bauman, una *liquidez* del poder. Sin embargo, lo que a todo ello le confiere dinamismo y fluidez es la cultura, al mismo tiempo que la ideología cosifica y naturaliza la creciente desigualdad de la sociedad moderna. Esta cultura y su justificación ideológica de la desigualdad permea toda la estructura socioeconómica a nivel societal.

El *creorden* es un patrón transformativo con una caracterización dual y paradójica: la creación dinámica de un orden estático. Bajo la lógica de nuestros autores, los creórdenes no suelen ser democráticos, no tienen capacidad de elección, porque el poder es la capacidad de imposición. El Estado capitalista sufre una inestabilidad constante basada en la dinámica revolucionaria permanente de la ciencia y la ideología, así como en la imposición de un proceso de acumulación pecuniaria como capitalización que elimina la heterogeneidad transformadora de lo cualitativo en favor de cambios universales cuantitativos. El mercado se presenta como *precondición del poder*, transforma el poder capitalista y entiende que éste no es absoluto sino relativo y, por tanto, *diferencial*. La acumulación de poder en el capitalismo no tiene sentido sino en contraste a otros poderes, venciendo la competencia. En ese sentido, no habría entonces acumulación abstracta sino solo la *acumulación diferencial*; de manera que para que la capitalización funcione como expresión del poder, debe ser medida, es decir, ser comparada diferencialmente. En nuestro tiempo, el poder de los grupos dominantes se estructura con base en una aparente democratización del poder y también de una real y supuesta legitimidad social y cultural.

Para el afamado economista Thomas Piketty, las sociedades modernas se estructuran bajo un relato dominante y hegemonizador que garantiza una sociedad moderna “justa”; es decir, propietarista, empresarial y meritocrática. Este relato de justicia basado en los valores liberales, permite fundamentar la

justificación de las desigualdades modernas. En su obra *Capital e ideología*, Piketty (2019) señala que:

El discurso meritocrático y empresarial es, a menudo, una cómoda manera de justificar cualquier nivel de desigualdad por parte de los ganadores del sistema económico actual, sin siquiera tener que someterlo a examen, así como de estigmatizar a los perdedores por su falta de méritos, de talento e inteligencia. La culpabilización de los más pobres... no existía... en los regímenes desigualitarios del pasado. (p. 12)

Aunque desde una perspectiva diferente a Piketty, Bichler y Nitzan señalan un punto parecido de acuerdo al sentido de la capitalización y el poder de las corporaciones (*capital dominante*), el cual consiste en la sacralización de la propiedad sustentada en el *capital como poder*. Sin embargo, no debemos creer que esto se trata sólo de una integración de la dimensión política y económica en favor de las grandes corporaciones en la sociedad moderna e hipercapitalizada, pues el sistema capitalista ha legitimado su dominio y estandarizado las aspiraciones y horizontes de las personas vía un frenesí creciente del mercado.

Desde nuestra perspectiva, el “orden” y el “creorden” de las sociedades se construyen apelando a distintos mecanismos culturales, sociales e ideológicos que enraízan su estabilidad transitando la dicotomía liberal de legalidad y legitimidad, donde impera la “razón cínica”, como diría el filósofo alemán Peter Sloterdijk; esa razón de amoldamiento y acatamiento del sistema y de sus implicaciones, sin posibilidades de cuestionamiento o transformación del mismo. Uno de los factores cruciales de este “creorden” que posibilita una estabilidad social que favorece al *capital dominante* es el sistema educativo. En particular, podemos afirmar que se trata de la perspectiva que romantiza la educación como agente de cambio, desde la escuela hasta la universidad. Esta supuesta “escuela liberadora” donde se exhibe su lema rotundo e incuestionable: la “meritocracia”. Sólo habría que recordar lo que Pierre Bourdieu desentraña o desenmascara respecto al sentido de la escuela como sistema igualitario:

[...] aquellos a quienes la escuela ha liberado son más proclives que los demás a creer en la escuela liberadora. Alienados por su liberación; ponen su fe en la escuela liberadora al servicio de la escuela conservadora que debe al mito de la escuela liberadora una parte de su poder de conservación. (Bourdieu, 2015, p. 59)

Desde la lógica de Bichler y Nitzan como el proceso de generación societal el denominado “creorden”, Bourdieu postula lo que sería el proceso

de “*autoperpetuación*”; donde los docentes constituyen los productos más acabados del sistema de producción pues, entre otras cosas, están encargados de reproducir la sociedad, es decir, obedecen a un “*creorden*”. Para Bichler y Nitzan, la escuela es concebida como:

[...] la institución [...] única que posee por completo, en virtud de su función propia, el poder de seleccionar y formar, por una acción que se ejerza sobre todo el periodo de aprendizaje, a aquellos a quienes confía la tarea de perpetuarla y, así, se ve en la posición más favorable por definición para imponer las normas de su autoperpetuación. (p. 227)

La concepción totalizante del *capital como poder* y la distinción marxista entre “*estructura*” y “*superestructura*” no están del todo disociadas, sino que, para Bichler y Nitzan, éstas constituyen una estructura funcional que crea y recrea el orden y la estabilidad del sistema; teniendo como un baluarte de la reproducción a la escuela o el sistema educativo en general. Esto no significa que dimanen de la espontaneidad societal, sino que ello obedece en términos del capitalismo del siglo XXI, al papel que juegan las corporaciones multinacionales en el sistema capitalista. Dado que el capitalismo y las corporaciones se han hecho del poder y convertido en *capital dominante* que moldea la sociedad, en términos gramscianos, han legitimado y continúan legitimando el orden imperante al otorgarle solvencia y estabilidad, es decir, “*creorden*”.

En este *creorden* constante en el que la acumulación no se trata de aumentar la producción sino de ampliar el poder, las corporaciones no compiten entre sí por eficiencia, sino por el control de mercados y recursos que les permitan asegurar su reproducción en una posición dominante. El ámbito productivo de la industria ya no se enfoca en lo que se produce, sino en cómo se produce; lo crucial no es el producto a mercantilizarse, sino el proceso productivo fruto del proceso de capitalización. El capital dominante opera en dos regímenes de claro antagonismo: los de *amplitud* y *profundidad*. La *amplitud* se encarga de reproducir al capital dominante mediante *green-field* (creación de empleos) o fusiones (adquisición de competidores) que evitan sobrecapacidad y permiten la concentración de poder. Por otro lado, la *profundidad* se encarga de redistribuir mediante estanflación, una forma de *sabotaje* basada en el *Business as usual*, donde la restricción de las industrias profundiza la diferenciación entre ganancias de una empresa con sus competidores y empleados. La maquinaria empresarial busca la monopolización de tecnologías, patentes y cadenas de suministro como forma de *sabotaje* de la *creatividad social*, y lo hace al ejercer poder sobre sus trabajadores y competidores.

6. El Estado en el régimen del creorden

Una de las mayores implicaciones de Bichler y Nitzan es considerar que el capital constituye el poder organizado de los grupos de poder dominante. Ello implica que los representantes del capital ya no solamente delegan o tienen representantes en los poderes del Estado, para que cautelen y tutelen sus intereses –como lo hacen los políticos de manera clásica en los parlamentos con la aprobación de leyes “sastre” bajo un estado nacional–, sino que se ha constituido un capital supranacional a nivel mundial con poderes excluyentes por y para orientar fundamentalmente sus perspectivas e intereses.

Este propósito explícito tiene un correlato implícito más o menos silente de reconfiguración de la sociedad contemporánea, bajo el imperio de un hipercapitalismo –moderno por su genealogía o postmoderno por contradecir sus mitos fundacionales– en el *creordenamiento* de la sociedad; el cual es radicalmente distinto del capitalismo clásico de los siglos XVII, XIX y XX. Este proceso de reconfiguración de la sociedad es constante, a partir de una especie de sincronización de las dimensiones culturales, sociales e ideológicas que crean y recrean la sociedad. ¿Cómo es que este capitalismo desenfrenado se ha apropiado de la concepción gramsciana de la “hegemonía”? Tal capitalismo logra hacer ello al recrear también la voluntad popular, cuyo imperio dominante es el frenesí del mercado que ofrece a las muchedumbres consumistas la ilusión de un consumo al margen de la política; de modo que así se desfigura el poder de la elección particular.

En el capitalismo, la unidad numérica fundamental es el precio; pues todo lo que puede ser poseído –ya sean recursos naturales, mercancías refinadas o incluso organizaciones sociales– puede ser cuantificado y, por tanto, obtener un precio. Si el precio es la unidad, entonces la capitalización es el algoritmo que genera y organiza los precios. Es la “institución central y la lógica clave del *nomos* capitalista” (Bichler y Nitzan, 2018, p. 12). La capitalización es como el valor presente de un flujo de ganancias futuras, como la “fe universal del capitalismo” que define la magnitud del capital (acciones y deuda) de una corporación. No se trata de una relación o conexión, sino de una “identidad figurativa”: el capital es, en sí mismo, un modo de poder. Los elementos clave de la capitalización corporativa –es decir, las ganancias esperadas de la empresa y las percepciones de riesgo asociadas (y el “hype”)–, no representan la productividad de los artefactos poseídos ni el trabajo abstracto necesario para producirlos. En cambio, representan el poder de los propietarios de una corporación. Es el poder lo que hace que los artefactos poseídos sean valiosos en sí mismos.

Bichler y Nitzan también señalan que el Estado no es un ente autónomo neutral en el proceso de acumulación, sino un componente estructural del *nomos* capitalista; es decir, del orden político-jurídico que permite la

consolidación el poder de las élites económicas. No se trata entonces de un regulador del mercado, sino de que su principal función es la de facilitar la acumulación de activos estratégicos –como subsidios a corporaciones, rescates financieros o políticas fiscales favorables–, que perpetúen la dominación de los grupos hegemónicos. Aquí entra la *trinidad profana*, que evidencia contradicciones clave del capitalismo global, pues se trata de la coexistencia de elementos de aquella. La *trinidad* está constituida por la movilidad de capital, la soberanía estatal y la estabilidad monetaria. El Estado, como parte del *nomos* capitalista, sólo puede garantizar la existencia de sólo dos de estos tres elementos. Por ejemplo, la globalización prioriza la movilidad del capital y la estabilidad monetaria, sacrificando la soberanía. La inflación es, entonces, un conflicto redistributivo: no todos los precios suben de la misma forma. Mientras que las firmas de los integrantes del Fortune 500 aumentan sus *markups* en un 60%, los salarios reales caen. De modo que esto es un reflejo de la artificialidad del concepto público de neutralidad económica y la existencia de un mecanismo de poder diferencial, con un carácter asimétrico.

Mientras Gramsci enfatizaría la lucha ideológica por un consenso generalizado, entendiendo el Estado como campo de batalla ideológico, Bichler y Nitzan lo reducen a un instrumento de reproducción del poder capitalista que permite a su hegemonía reproducirse. Un ejemplo de esto es la crisis financiera de 2008, en la que los Estados rescataban bancos que, al menos en apariencia, eran “demasiado grandes para quebrar” con fondos públicos, imponiendo políticas de austeridad a la población. Esta reconfiguración social tras una crisis, un “*creorden*”, nos revela cómo las élites aprovechan las disonancias sistémicas para reforzar su control.

Las crisis son entonces, acumulación mediada por desastres, pues cuando el régimen de amplitud se agota (como por falta de firmas que permitan la fusión), el *capital dominante* recurrirá a la *profundidad*, es decir, la estanflación. Para Bichler y Nitzan, la falta de “envolturas” (*amplitud y profundidad*) disponibles para que el capital las supere, tuvo como consecuencia final el colapso del mercado de valores en 2008. Esta crisis demostró este patrón, al permitir rescates bancarios para las firmas con activos más importantes que ejercieron un rol importante en el desencadenamiento de la crisis, mientras que aplicaban políticas de austeridad a la población en general. Por ello, a partir de lo dicho antes, nuestros autores enfatizan el poder desintegrador de la deflación.

Con respecto al vínculo entre los modernos capitalistas y la exoneración del proceso directivo de la empresa, cuando pensamos en el capitalismo actual, solemos pensar en el sistema financiero, en las crisis bursátiles, en la especulación y en los tecnócratas digitales más que en la producción directa. Pensamos en una burguesía ajena a las responsabilidades operativas, que delega sus quehaceres a CEOs y administradores, a bufetes de abogados

que les permiten capitalizar activos y diversificarlos, a campañas de marketing global que permitan su reproducción y promoción en el imaginario colectivo.

Si para Gramsci el Estado es un campo de disputa hegemónica, para Bichler y Nitzan son un instrumento del capital. La anatomía estatal es ilusoria, porque su estructura y sus políticas están determinadas por las necesidades del proceso de acumulación; es decir, de reproducción del poder. La arquitectura del capitalismo no es estática, sino que evoluciona mediante sus crisis y reestructuraciones. Cada crisis se presenta como una oportunidad para que las élites reafirmen su poder en nuevos modelos de acumulación.

7. Conclusiones

Este es un libro importante, que nos ofrece una mirada del capital que merece ser evaluada por el escrutinio público, en el que dominan las perspectivas de la economía neoclásica, funcional al quehacer económico del *capital* dominante, o un marxismo más orientado a reivindicaciones simbólicas que a la superación del orden social existente. Entender al *capital como poder* no significa que tales elementos estén disociados; como lo postulan entendimientos que priorizan, por un lado, al capital (como las perspectivas mencionadas) y, por el otro, al poder (como Foucault y sus seguidores), ni de capital al servicio del poder, ni viceversa, tampoco sólo del capital en relación con el Estado. Recordando a Bichler y Nitzan, el capital no está relacionado con el poder, sino que es en sí mismo un modo de poder.

Las explicaciones neoclásicas y marxistas son insuficientes para responder a la pregunta: ¿qué determina la magnitud del capital y su tasa de acumulación? Ya que para nuestros autores las unidades básicas de su análisis (utilidad y trabajo abstracto) no son lógicamente consistentes y sus “cantidades” no pueden ser calculadas. Por lo tanto, se esgrime la necesidad de fundamentar otra teoría del capital. Los liberales y marxistas harían bien en tomar en cuenta estas objeciones y objetar por cuenta propia las que les parezcan inexactas, porque más allá de que estén bien planteadas que estén las objeciones de Bichler y Nitzan, han tenido que objetar a décadas de intenso debate económico, interno y externo, de dichas posturas. Ese es sólo el punto de partida, lo novedoso de la teoría de Bichler y Nitzan son las posibilidades de estudio y de una mejor comprensión de la realidad que surgen al considerar al capital como una representación simbólica del poder. El secreto para entender la acumulación no se encuentra en los estrechos confines de la producción y el consumo, sino en el más amplio campo de los procesos y las instituciones del poder.

Si tenemos que hacer un repaso entre los mayores aportes de Bichler y Nitzan, tenemos que destacar el que demuestran que la economía no es un

espacio autónomo con leyes naturales; por lo que con ello se echa por tierra el mito de la neutralidad económica. No existe un capital al margen de los campos de la política, el poder coercitivo y las finanzas. El capital es poder cuantificado mediante la *acumulación diferencial*, y los autores revelan que el objetivo del capital no es la maximización de las ganancias sino la superación del promedio de productores capitalistas. Para esto, el *capital dominante* se vale del *sabotaje* que restringe la creatividad social propia de la industria. Para poner un caso, Silicon Valley gana mucho más mediante la monopolización de datos que mediante la creación de nuevas tecnologías.

Para los grupos capitalistas su nivel relativo y patrón de ingresos denota un poder diferencial: mientras más alto y predecible es este ingreso en relación con el de los otros grupos o compañías, más grande será el poder de los propietarios de esa corporación. Este retorno a Veblen, al entendimiento del *consumo conspicuo* como expresión de una sociedad donde el capital y el poder estarían más vinculados de lo que pensamos, es su mejor legado. Veblen es quien señaló una disociación entre “industria” y “negocio”, ya que los modernos capitalistas se han retirado de la producción y son propietarios ausentes de la industria, por lo que la acumulación del capital es la manifestación no de la contribución productiva sino del poder organizado de las grandes corporaciones.

Así, el capitalismo es concebido no como un modo de producción sino como un modo de poder, ya que éste (el poder) también es el fin último de la acumulación. El proceso de acumulación representa la capacidad de mutación del capital dominante, es decir, de las corporaciones líderes y de los órganos de gobierno para controlar, dar forma y transformar a la sociedad contra todas las oposiciones (“orden” y “creorden”).

Desde una perspectiva interpretativa, podemos señalar que el poder de las grandes corporaciones en la sociedad capitalista orienta y modela la estructura de la sociedad; al lograr configurarla, crearla y reproducirla, y de ese modo llegar a institucionalizar la hegemonía con un fuerte componente legal. ¿Cómo lo consigue? Lo hace, por ejemplo, al tener al sistema educativo, a la escuela y la universidad como garantes perpetuadores del orden y el *creorden*; y también al tener como portaestandarte a la consolidada e inmutable “meritocracia” que produce la “razón cínica”, donde todo cuestionamiento societal se ha diluido en esta sociedad líquida. Por ello y ante tal panorama, el orden y *creorden* impuestos e imperantes, perpetúan la quietud y conformidad en nuestras sociedades.

Bichler y Nitzan logran desnaturalizar la economía y demostrar que se trata de política financiarizada, con un poder cuantificado en precios mediante el proceso de capitalización. Nos enseñan que hablar de la lógica del capital en abstracto, ignora que es el capital dominante el que *creordena* la sociedad de manera diferenciada. El capitalismo moderno manifiesta el

poder en la agencia de los capitalistas por sistematizar y controlar el movimiento de los precios. Aunque sea necesario expresar estos ejemplos con mayor rigor histórico, el proyecto de *El capital como poder* nos ayuda a vislumbrar una comprensión de la economía como sistema homeostático y autorreferencial, que trasciende la agencia individual y encuentra en la hegemonía la clave de su reproducción.

Sin embargo, es de suma relevancia recordar que la teoría del *capital como poder*, al igual que el libro y el proyecto homónimos, no está exenta de objeciones o insuficiencias, propias de la elaboración de perspectivas nuevas. La primera es que la teoría del *capital como poder* ignora el papel de los bancos centrales como prestamistas de último recurso. Durante la crisis de 2008, la Reserva Federal de Estados Unidos logró evitar la deflación predicha por Bichler y Nitzan (una “crisis de envolturas”) mediante *expansión cuantitativa*, un proceso no convencional en el que los bancos centrales aumentan la oferta monetaria mediante el exceso de sus reservas. Los bancos centrales pueden impedir el agotamiento de “envolturas” de acumulación predicho por Bichler y Nitzan. El capitalismo, mediante la globalización, ha sido capaz de crear nuevas “envolturas” que permiten su reproducción como sistema global, algunas de estas son la digitalización de la economía y la financiarización de la naturaleza. Esto es prueba de una de las mayores omisiones de nuestros autores, la falta de una teoría monetaria que respalde sus afirmaciones y, aún más, sus predicciones como el fin del capitalismo por la crisis de envolturas. Otra importante omisión es el no haber vinculado los regímenes de acumulación (*amplitud y profundidad*) con ciclos económicos estructurales definidos. Esta falta de historicidad es notoria al preguntarnos cómo la estanflación de la década de los 70 llevó al desarrollo de la revolución neoliberal, o cómo instituciones como el FMI o la OMC ayudan en la reconfiguración de los regímenes de *amplitud y profundidad*.

Ante lo apuntado, es importante realizar una reflexión sociológica más profunda de las implicaciones del *capital como poder*, para comprender la racionalidad de los actores, de las estructuras que producen y reproducen la estabilidad, la conformidad y la naturalización de la desigualdad en este nuevo y diferente capitalismo del siglo XXI. *El capital como poder* es un libro imprescindible para entender la estructura y dinámica de las sociedades actuales y que nos ofrece una mirada que tanto liberales como marxistas deberían comprender y considerar al momento de querer estudiar la realidad y transformarla. Estas notas buscan destacar los aportes de Bichler y Nitzan al entendimiento del capitalismo desde una perspectiva novedosa y poco difundida en Latinoamérica, por lo que las lecturas que podemos realizar desde el sur global pueden ser específicas y más decantadas con respecto a la materialidad de la región. Los precios son armas de conflicto, no armas de escasez, sí, pero el conflicto no es el único mecanismo que permite la existencia del capitalismo, sino también el consenso ya sea ideológico o mediante pactos. El sentido de hegemonía gramsciano sigue siendo más útil

para entender la hegemonía que el de Veblen; sino ¿de qué otra forma se explicaría que las mayorías acepten la austeridad? El poder no puede ser pura dominación; si no aceptamos esto nos será difícil superar el pesimismo vebleniano.

Referencias bibliográficas

Bichler, S. y Nitzan, J. (2018). *El capital como poder. Un estudio del orden y el creorden*. The Bichler and Nitzan Archives. <http://bnarchives.yorku.ca/541/>

Bourdieu, P. (2015). *Intervenciones políticas. Un sociólogo en la barricada*. Siglo XXI Editores.

Piketty, T. (2019). *Capital e ideología*. Deusto.